

Sale todos los jueves.

Da mensualmente dos figurines, y cada trimestre un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

Madrid. 10
Las provincias. . 14 } Franco
Si la suscripcion de
se hace en Madrid. 12 } porte.



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la librería estrangera, calle de la Montera, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria.

Las cartas y reclamaciones francas de porte.

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

Modas.

A la verdad que contemplando un cielo tan nebuloso y opaco, el agua que llueve á torrentes, y las calles tan sucias y llenas de lodo, * difícil es reunir nuestros recuerdos para escribir de modas. La elegancia, el lujo, tan amigos de los colores risueños y hermosos, se avienen mal con una atmósfera sombría y triste. La moda abandona los paseos y se refugia bajo los pintados techos de los salones, huyendo la vista del enlutado cielo que se ve privado de su bello azul de otoño, mostrándonos en cambio las pardas tintas del invierno. Sigámosla, pues, donde el bullicio de las fiestas aleja la melancolía y los pesares de la vida.

Y al decir fiestas y al hablar de modas, se nos ocurren naturalmente á la imaginacion las sesiones dramáticas del Liceo. Este establecimiento, que se fundó únicamente para estímulo é instruccion en las

ciencias y bellas artes, ha dejenado en un todo de su instituto, é invadido por la elegancia y el fausto no es ya en el dia mas que un círculo de buen tono y de escogida sociedad, donde se va á buscar el recreo y el placer, la diversion y la fiesta. Asi, debemos considerarle como una reunion elegante donde ha tomado asiento la moda, principalmente en las noches de funcion dramática. Las primeras notabilidades de la corte, las principales bellezas de la capital se disputan en dichas noches la gala de sobresalir en sus tocados y adornos, en sus vestiduras y joyas. El tipo del buen gusto, las novedades mas *fashionables* y esquisitas aparecen allí, y puede casi decirse que dan el tono. Reducidas las sociedades elegantes á un número muy corto á causa de las circunstancias, viéndose tan solo brillar el verdadero y esplendente lujo en alguna que otra reunion que suelen tener los diplomáticos estrangeros, accesibles por otra parte á muy pocas personas en lo jeneral, no es extraño que el Liceo haya tomado esa boga en cuanto á fina elegancia, tanto mas cuanto que en él se fun-

* Escribíamos esto el sábado.

den todas las clases de la sociedad, sin desdenarse de reunirse en él la aristocracia con la clase media, el cortesano con el artista. Así es, que al lado de las ricas joyas de la opulencia brilla la sencillez modesta de la medianía. Unas y otra están á la moda, ¿habrá quién se atreva á decir cual es mas elegante?

En la sesion del jueves pasado hemos observado que las telas que mas generalmente se llevan son de colores tiernos, apagados, con dibujos pequeños, que no resalten demasiado para no ofender á la vista; pues en efecto nada mas feo y desagradable que esos florones y ramajes de tintas subidas que usaban en sus trajes nuestras abuelas. Tambien vimos algunos vestidos de *muaré* tornasolado, de un efecto visual y sorprendente, tela hermosa á la verdad que indica el gusto mas refinado y elegante. Al almacen de modas de Ginés (calle del Carmen) ha llegado un surtido completo de estas telas, de colores lo mas raros y graciosos. Tanto en este almacen como en el de Narciso (tambien calle del Carmen) se encuentra cuanto una elegante puede apetecer para cautivar la atencion por su traje. Allí vereis mil muselinas, batistas, fulares, escocesas, tafetanes, tisús de casimir, rasos de cien tintas diversas. Qué profusion en los colores! qué variedad en los dibujos! qué perfeccion de trabajo! La moda, la verdadera moda sale radiosa y brillante de estos almacenes privilegiados.

Los peinados parece quieren hacerse notables por su sencillez estremada, á la par que gráciosa. Forman por delante dos guedejas que caen por ambas megillas dibujando un arco ojivo, y está dispuesto el tronco del cabello de manera que dividido en tres ramales retorcidos vengán estos á formar sobre la nuca una triple corona. Nada mas agraciado y ligero que este aéreo edificio (si así puede llamarse) cuando ha sido construido por la mano suave y delicada de Perez Pelaez (calle de la Visitacion esquina á la del Príncipe), mucho mas si por complemento se le añade una pluma blanca ó marabú, colocada con gracia en un

lado, y que venga á caer caprichosamente sobre el cuello; pues nada hay como las plumas que hagan realzar mas un peinado. ¿Hay algo que siente mejor á una morenita que esta aureola ondeando muellemente sobre su cabeza, y que anima su expresion, da brillo á su color? ¿Qué puede armonizarse mas con una cabellera rubia que esta diadema fantástica, vaporosa, que atrae el corazon hácia la que la lleva, y mueve las simpatías del que la contempla?

En una de las representaciones de *La redoma encantada*, pues el teatro, generalmente desierto, se ha visto invadido por una multitud presurosa de asistir á la gran comedia de *mágia*, multitud en la que se confundian todas las clases, en la que se veía el soberbio lujo que ostentaba en su palco la elegante, á la par que el rústico traje del forastero que en el palco inmediato abria su boca y sus ojos asombrados; en una de estas últimas noches hemos advertido con gusto la súbita mutacion que han experimentado los cuerpos de peto, pues han trocado el pico por la forma redonda, lo cual es sumamente gracioso y menos incómodo á la persona. Admiramos un traje que realzaba sobre todos los de las elegantes de los palcos bajos, ademas de la hermosura de la jóven que le llevaba, por lo esbelto de su talle en el que la mano de la modista habia sabido aplicar un gracioso cuerpo de peto redondo; mangas cortas, sin puños, con dos volantes de encaje mas largos de detrás que de delante, guante largo, negro, de malla, y segun pudimos advertir, cinco guarniciones en el vestido, no muy grandes, de fleco destorcido, de magnífico efecto y grata visualidad. Recomendamos á nuestras *fashionables* gala tan linda y graciosa.

En cuanto á sombreros, segun lo que se puede juzgar por los que se llevan con mas aceptacion, son de un grandor regular, sin ser tan escesivamente pequeños como se han llevado, ni grandes, bastante cortos de la parte superior, que vayan ensanchando las alas hasta llegar á la barba donde deben ser muy redondas, y muy

abiertos de la parte de las mejillas para dejar lugar á los rizos ensortijados, ó bien, y es mas elegante como hemos dicho arriba, á las guedejas del pelo que bajan como unas bandas que ensanchan en la parte inferior del rostro. El rigorismo de la moda exige que las cintas sean de terciopelo. Un sombrero hemos visto como acabamos de indicar, y con sus correspondientes cintas de terciopelo, sin nada de plumas ni de flores, que le reconocimos al instante como salido del almacén de Mlle. Victorina (calle del Carmen), modista inteligente y de mucha gracia para sombreros.

Las mantillas han sufrido tambien una innovacion que exijia hace ya mucho tiempo el buen gusto femenino. Como prenda puramente española, antigua en nuestro suelo, y arraigada, si así puede decirse, en las costumbres, habia sabido resistir á cuantas tentativas le habia opuesto la moda. Así que hemos visto ha consentido mejor ceder su puesto á los sombreros, que admitir ninguna alteracion en sus formas. Pero la gravedad del asunto..... y no os riais, mis lectoras, al ver la palabra gravedad, pues ciertamente que es materia muy grave en punto á modas la nueva forma que se ha dado á las mantillas, la gravedad del asunto exige que nos ocupemos detenidamente en él como lo haremos en el próximo número. Para entonces aplazamos á nuestras petimetras.

RECUERDOS DE LA NIÑEZ

DEL REY DE ROMA.

La soledad que reinaba en torno del rey de Roma, en los últimos meses de 1815 y los primeros de 1816, se hizo mas completa de dia en dia. Se habia buscado en los dominios del imperio algun ducado desconocido, para formar un título al huérfano despojado, como los ricos hacen buscar en sus arcas, con que cubrir á algun individuo de su familia, cuya desnudez les causa vergüenza. Napoleon, rey de Roma,

se llamó Frantz, duque de Reichstadt: aun era poco. Se decidió por lo tanto que la emperatriz, que por un acto solemne habia renunciado sus derechos y título de magestad imperial, por el de duquesa de Parma, no se encargaria de la educacion de su hijo. Se temia sin duda, que le recordara demasiadas veces su grandeza pasada, y el nombre de su padre. Los sucesos han probado que se cometió una injusticia con esta sospecha. Se decidió, pues, que ínterin la madre pasaba á Italia á tomar posesion de sus nuevos estados, el hijo permanecería en Schoenbrun; allí permaneció en efecto, y allí murió. Pero hubiera sido peligroso dejar á su lado franceses, que debiendo su fortuna al emperador Napoleon, podian ser bastante reconocidos para preferir el hijo de su bienhechor á las promesas y á los proyectos de la corte de Viena. Se sabia que habia de llegar precisamente una época en que debiera verificarse esta separacion: á los siete años los niños de la familia real, pasan de las manos de las mugeres que los han cuidado á las de los hombres que deben instruirlos. No se tuvo paciencia para aguardar á entonces, y hácia fines de marzo de 1816 corrieron voces en el castillo, de que todos los franceses iban á ser enviados á su país, y que el jóven duque seria entregado á los cuidados de un director austriaco, ayudado de maestros y espías de la misma nacion. Esta nueva causó una profunda consternacion, y un gran terror por el porvenir, á todos los que se habian adherido á aquella fortuna destruida: pero difícilmente podrá concebirse el dolor de la señorita de S.... En la dichosa imprevision de su edad, y sobre todo en su cariño sin límites para su discípulo, nunca habia imaginado que llegaría un dia en que se la obligara á marchar. Por lo tanto se habia entregado sin reserva á esta inclinacion irresistible, que la arrastraba hácia aquel niño, ligado á ella por tanto amor. Hemos dicho amor, y creemos seguramente que solo esta palabra puede dar una idea del sentimiento del jóven duque de Reichstadt para con

su dulce y tierna compañera. Sus penas desaparecían á la sola presencia de la señorita de S.... y se sonreía antes que su última lágrima se hubiera deslizado de sus párpados: la pedía perdon de sus faltas; y cifraba su orgullo en decirle el bien que habia hecho: á su lado estudiaba mejor, y se inquietaba en su ausencia. Si una conversacion interesante llamaba la atencion de la señorita de S.... sufría congojosos celos; y viniendo á apoyar los brazos sobre sus rodillas, miraba con fiereza á su interlocutor, como para reconvenirle y disputarle su tesoro.

El mismo emperador Francisco fue el que anunció á su nieto la resolucion que se habia tomado respecto á él, y la próxima partida de todas las personas que habian estado encargadas de su niñez. Esta partida se habia fijado para el 10 de abril siguiente. Mientras su abuelo estuvo presente, el duque de Reischstadt lloró mucho: declaró que no obedecería, ni dejaría marchar á nadie: pero cuando vió que sus declaraciones y sus lágrimas se estrellaban contra la impasible firmeza del emperador, guardó silencio, y desde este instante cayó en una sombría tristeza. Cuando vió á la señorita de S.... la dijo.... «¡Os vais!... y cuando ella le contestó que estaba precisada á obedecer, el duque la arrojó una de aquellas miradas de niño, tan llenas de dolor, y de que uno se acuerda veinte años despues. No se entregó mas á ninguno de sus juegos acostumbrados; no quería salir: permanecía siempre á su lado; y por la noche, decia, no tener sueño, por separarse de ella un poco mas tarde.

El 9 de abril por la noche, todas las personas que habian compuesto la familia del rey de Roma, fueron invitadas á reunirse en un salon, en que poco despues entró el emperador de Austria, trayendo á su nieto de la mano. Dió gracias á cada una de ellas por los cuidados que se habian tomado con el duque de Reischstadt, y el niño venia despues de cada alocucion á ofrecer un presente que le entregaba su nuevo director. Cuando llegó su vez á la

señorita de S.... el emperador la habló con reconocimiento de su fina adhesion, y de su afecto mas que maternal. Todos estaban conmovidos. El jóven duque se acercó á ella sin ofrecerle regalo como á las demas; y cogiendo su mano: «Amiga mia, la dijo, mi abuelo me permite que os vea otra vez antes de vuestra partida.» Despues de despedirse, se retiraron todos, y el castillo quedó en calma y en silencio, mas pronto que de costumbre.

Durante toda esta velada, cada accion, cada palabra, cada mirada de la señorita de S.... iba acompañada de esta triste reflexion, *por la última vez*. La noche que siguió fue una de estas noches dolorosas que no se conocen sino en la primera juventud. Mas tarde, el insomnio que reflexiona y calcula, viene á añadir sus tormentos á nuestros pesares. A la edad de la señorita de S.... se duerme, pero el sueño conserva aun el recuerdo y el dolor. Cuando la madre que habia oido los sollozos mal sofocados de su hija, asustada por su silencio, se acercó á la cama, vió nacer lentamente en sus párpados cerrados una lágrima que cayó sobre la almohada toda humedecida.

Al dia siguiente, la señorita de S.... se atavió muy de mañana: la marcha no debía verificarse sino al medio dia, y á las ocho estaban terminados todos los preparativos. Esperaba ella el instante en que vendrian á avisarla para una entrevista que se le habia prometido, y que debía ser su única recompensa: sabia que las ocho de la mañana era demasiado temprano, y sin embargo esperaba. Esta expectativa fue larga y penosa: todos los relojes habian dado las nueve, las diez, las diez y media, y nadie parecia. Sentada en el fondo de su estancia, con su reloj en la mano, culpaba tal vez á todo el mundo. Ignoraba que la pena, oculta para todos durante un mes, habia estallado por fin en aquella débil organizacion, tan fresca y lozana bajo el sol de París. La noche se habia señalado por el primer ataque de aquel mal, que quince años despues debía conducir al sepulcro

al joven príncipe. Una fiebre ardiente le habia oprimido el pecho toda la noche. Los médicos fueron llamados, y no vieron en lo que sentia ningun síntoma de un mal caracterizado; pero no se retiraron satisfechos. Por la mañana la calentura habia disminuido, pero los miembros estaban doloridos: no querian que se levantase, pero fue preciso ceder á sus instancias.

Eran cerca de las once cuando se avisó á la señorita de S.... que el duque de Reichstadt la esperaba: hubiera necesitado hacer muchos esfuerzos para no correr si los latidos precipitados de su corazon, no la hubieran precisado á detener el paso. No se habia cuidado de preguntar por la salud del príncipe; así su admiracion fue mas penosa cuando al entrar en la sala le vió de lejos acostado en un camapé: su cuerpo estaba cubierto de mantas, pero el pecho y los brazos estaban libres: sus cabellos esparcidos sobre la almohada formaban una dorada aureola en torno de su pálido rostro. Sobre sus pies, Love, como para prodigarle tambien su parte de atenciones, estaba agachado. — Al ruido de la puerta, el perro abrió los ojos, y levantó la cabeza con un sordo gruñido; pero cuando vió quien entraba, volvió á descansar y á cerrar los ojos, moviendo suavemente la cola. Cuando el príncipe vió á la señorita de S.... detenida en la puerta, y mirándole tristemente, se sonrió, y estendió su mano hácia ella. A esta insinuacion su fiel compañera se precipitó, cogió entre las suyas aquella mano que abrasaba, y de rodillas junto al camapé la llevó á sus labios, sin poder articular una sola palabra, mientras sus ojos estaban fijos en los ojos radiantes del enfermo. «Sentaos cerca de mí, dijo el príncipe despues de algunos instantes; he pedido que estuviésemos solos, y padezco demasiado para que me nieguen cosa alguna.

La señorita de S.... se sentó en el sitio que se la habia indicado, y como el enfermo preguntase si el ruido que se oía de caballos era ya el de los coches de camino, la fue preciso responder que sí. «¡Ah! si

podiera yo acompañaros!» exclamó el niño. Guardó un momento de silencio; volvió la cabeza hácia ella, y la preguntó si sentia tanto como él la separacion. Sus lágrimas dijeron mas que pudieran las palabras, y y sin embargo él contestó: «No, vos no padeceis tanto como yo, vais á Francia con vuestra madre, y me habeis dicho muchas veces que la Francia es un hermoso país! Vais á casaros tal vez» añadió apoyándose en el brazo para verla mejor; y como no le contestara sino con un movimiento de cabeza, prosiguió con un tono de voz, en que habia tanta impaciencia como dolor: «Decidme, pues, que no vais á casaros!» y despues que le hubo asegurado «Vais á ver vuestros amigos, la dijo, ¡y yo quedo solo!..

— ¡Solo! en medio de tantas personas solícitas por instruiros y agradaros.

— No las conozco: nunca serán tan buenas como vos. Me hallaba yo tan contento cuando me sentaba en el taburete en que colocabais vuestros pies, y recostaba mi cabeza en vuestras rodillas!

— Ya sois grande, y es preciso no trataros como á un niño; vais á empezar vuestros estudios para que seais sábio.

— No quiero estudiar.

— ¿Por qué?

— Porque me han dicho ayer que debia aprender el aleman, y yo no quiero aprenderle; vos no me hablabais en aleman. Ellos pretenden, bien lo conozco, que yo no hable francés, y que le olvide, pero yo tengo buena memoria:» y el niño como si la fiebre hubiera hecho progresos en sus facultades, y desenvuelto su inteligencia, hablaba con rapidez, apoyando su mano en la frente, y recordando hechos que se creian borrados de su memoria, y añadiendo con entusiasmo á cada uno de ellos: «¡Ah! bien me acuerdo: ¡bien me acuerdo!» y hablaba de las Tullerías, de sus pajes, de las numerosas tropas que formaban bajo sus ventanas. «Nada me decis, añadia. ¿Se os ha prohibido tambien que me habléis?....» Y en medio del fuego de sus palabras sonreía con esa finura y ese placer de un niño, orgulloso de un secre-

to, que arde por publicar.—«Sí, sí; he encontrado....» y levantándose vivamente sobre su asiento, buscó bajo su almohada y sacó un pepel rollado, que desdobló con impaciencia.—¿Qué es esto,? dijo, enseñando una medalla de oro. La señorita de S., reconoció una de las medallas acuñadas en París, en memoria del nacimiento del rey de Roma.—«Leed, añadió enseñándola con el dedo el anverso, y después el ré-tulo.

—Está en latin.

—¿No sabeis el latin? ¡ah! qué desgracia!.... Yo le aprenderé en vez de su alemán. Pero sin embargo lo adivino todo. He encontrado esto en un tocador de la emperatriz mi madre: ese niño soy yo; esa corona era mía. ¡Ah!... bien me acuerdo: Yo era rey: me llamaban rey!

(*Se concluirá.*)

BIOGRAFIA.

Nació don Gonzalo Argote de Molina en Sevilla, el año de 1149. Su ascendencia fue ilustre: sus estudios fueron escogidos, y aprovechó notablemente en ellos, aunque á la edad de 15 años se dedicó á la milicia, carrera á que le inclinaba su espíritu marcial y caballeroso. Sus cualidades físicas eran recomendables: alto de cuerpo, aunque no muy recio de miembros, robusto, de rostro abultado, frente espaciosa y desembarazada, ojos alegres y vivos, como ingenioso y esforzado, ayre noble, ademan gracioso, blanco el color, la barba y el cabello crecido, y bien acondicionado. Sus prendas morales, el valor, la magnanimidad, la constancia y su caridad cristiana: las que demostró desde niño, pues á los 15 años se halló en la famosa jornada y conquista del Peñon de Velez, y en las galeras de España, al mando de don Juan de Austria, con diez banderas de las de su cargo. Después en la expedición y guerra de los moriscos en Granada, en la que sirvió con treinta escuderos de á ca-

ballo, mantenidos á su costa: por cuyos méritos le nombró el Rey, Provincial de la hermandad de Andalucía. Batalló contra Amurat Arraez, virey de Argel, cuando con grande armada del Turco se lanzó sobre Canarias: en donde después de heroicidades por parte suya vió llevarse prisionera á su esposa doña Constanza de Her-reras, hija del marqués de Lanzarote, con quien hacía poco se habia casado. Ultimamente la rescató, á sus espensas, de los moros, y á gran número de caballeros: y re-edificó la iglesia de Santiago, el viejo, de la ciudad de Sevilla, sepulcro de sus abuelos, en memoria de su victoria en Canarias.

Como político y hombre estudioso fue varon tan digno como lo habia sido en la milicia. Se dedicó en particular á las matemáticas, bajo la dirección de Gerónimo Chaves, cosmógrafo y astrónomo de aquellos tiempos. Compuso varias obras en verso, pero donde sobresalió particularmente fue en la historia y en el ramo de la genealogía, como lo comprueban sus admirables trabajos, escritos con tanto esmero, pro-ligidad y ciencia. Los principales son: la historia de la nobleza de Andalucía: la de las ciudades de Baeza y Ubeda, y la del gran Tamorlan; sin otras muchas de un mérito raro, porque á la verdad además de la bondad intrínseca de ellas son muy escasas. Murió de edad poco avanzada, y se ignora el año de su fallecimiento en Sevilla, en donde entregado á la quietud filosófica, y á la tarea de sus estudios adoleció de la terrible enfermedad de perturbacion de su juicio. No concluiremos esta reseña sin citar la conclusion de un epitafio compuesto por él mismo, ejecutado con toda la destreza, concision y sabor antiguo, y es el siguiente:

«Gonzalo Argote de Molina á su hijo don Agustin Argote. «Este sepulcro es de tu padre. Mi tronco de varon es de Hernan Martinez de Argote, señor de Lucena y Espejo, Alcaide de los Donceles» Aquí referia las dignidades, empleos y hazañas de su vida, y concluía. «He ser-

vido á los príncipes cristianos de mi tiempo; al rey nuestro señor, de criado: al rey de Francia, de agente: al rey Estefano de Polonia, de gentil-hombre de su cámara: al rey don Sebastian de Portugal, de factor: á la santa hermandad, de provincial; á Sevilla mi patria, de veinticuatro.

*Sigue de mi los trabajos,
y de otros mayor ventura.*

LOS CUATRO ENRIQUES.

Una tarde en que la lluvia caía á torrentes, se cuenta que una vieja, tenida por hechicera, oyó llamar á la puerta de su cabaña, en la selva de S. Germán. Abrió, y entró un caballero. La persona anunciaba que era jóven el traje, que era poderoso; sus maneras que era noble. La bruja encendió fuego, y le ofreció alguna fruslería que comer, la cual fue aceptada sin dificultad por un estómago de diez y seis años, y un corazón de la misma edad.

«No tengo otra cosa, le dijo la anciana, presentándole algunas lechugas, y un pedazo de pan negro.... pues apenas me basta para pagar tantas gabelas y contribuciones, con los productos de mi pequeña heredad, que me roban diariamente los de los alrededores, porque me llaman hechicera, y dada á sataná. — Pardiez, dijo el caballero, que si llego á ser rey de Francia, he de suprimir los impuestos, y haré instruir al pueblo.» Se acercó á comer á la mesa, cuando oyeron un nuevo golpe á la puerta, y abriéndola, vieron entrar á otro caballero pidiendo hospitalidad. También era jóven y noble.» ¿Vos Enrique, exclamó el uno: Sí, Enrique, le respondió el otro. La vieja supo por su conversacion, que eran de la numerosa comitiva de caza de Carlos IX, y que la tempestad les habia dispersado. «Anciana, la preguntó el segundo Enrique, no tienes otra cosa que darnos? — No, le respondió. — Pues entonces, prosiguió él, repartiremos esto.» El primer Enrique hizo un gesto de desagrado, pero

viendo el aire resuelto é imponente de su compañero, exclamó. «Repartámoslo.» Como indicando con estas palabras su pensamiento secreto de, repartámoslo, no se lo apropie todo. Iban á empezar á comer, cuando volvió á sonar un nuevo golpe, y apareció otro jóven, también noble, y también de nombre Enrique. La anciana se puso á considerarlos con sorpresa. El primer Enrique ocultó el pan bajo la servilleta; el segundo lo descubrió con denuedo, pero colocó su espada junto á los comestibles: el recién llegado se sonrió. «No quereis darme nada, les dijo, no importa: tengo buen estómago, esperaré.»

El primero le respondió, que la cena era del que primero la encargaba; el otro Enrique sostuvo que era de quien mejor la defendía, y el tercer Enrique exclamó con fiereza. — Acaso solo pertenezca á quien mejor sepa conquistarla.

A penas pronunció estas palabras, que el primer Enrique blandió su puñal, los otros dos sus espadas, y ya estaban prontos á venir á las manos cuando sonó un cuarto golpe, entró otro caballero, noble, jóven, y Enrique como los demas. Al ver las espadas desnudas, desenvainó la suya, y se puso al lado del mas débil, y atacó vigorosamente, y con aturdimiento, é irreflexion. La lámpara cae y se apaga: los aceros brillan y crujen en las tinieblas; el ruido se aumenta, se disminuye poco despues, y termina por apagarse enteramente. La bruja se sonrió con sarcasmo, y volvió con la lámpara encendida. Los cuatro estaban en tierra, y con una herida cada uno; pero rendidos mas bien del cansancio que de la pérdida de su sangre. Se levantaron todos, y avergonzados de su arrebato soltaron una ruidosa carcajada, diciéndose: Comamos sin rencor y en buena armonía.» Pero la cena estaba por tierra y empapada en sangre. Sintieron su pérdida aunque era escasa: y ademas la cabaña estaba desmantelada, y la vieja, sentada en un rincón, los miraba con ojos salvajes y relumbrantes.... «Qué miras? la preguntó el primer Enrique; á lo que la hechicera le contestó:

Estoy leyendo en vuestras frentes el sino de cada uno de vosotros. El segundo Enrique la mandó imperiosamente que se lo revelara, y los otros dos Enriques se lo amonestaron, riéndose. «La bruja les dijo: «Así como os hallais reunidos en mi cabaña, llegará un día en que os vereis reunidos en un mismo destino. Del mismo modo que habeis pisoteado y teñido en sangre el pan de la hospitalidad, arrastrareis á vuestros pies, y hollareis el poder que deberíais repartiros: así como habeis aniquilado esta cabaña, empobrecereis y devastareis la Francia; y así como habeis sido heridos en la oscuridad, de la misma manera morireis violentamente, y á traicion.»

Los cuatro Enriques no pudieron menos de reirse de la prediccion de la vieja. Aquellos caballeros eran los cuatro héroes de la liga; dos como gefes de ella, y los otros dos como sus enemigos:

Enrique de Condé, envenenado en san Juan de Angeli, por su muger....

Enrique de Guisa, asesinado en Blois, por los cuarenta y cinco.

Enrique de Valois (Enrique tercero) asesinado por Jacobo Clemente en Saint-Cloud.

Y Enrique de Borbon (Enrique cuarto) asesinado por Ravallac, en París.

ALBUM.

RICARDO DE INGLATERRA. Se está construyendo una magnífica urna, para depositar en ella el corazon de este célebre personaje. Se trata de colocarla en la capilla de nuestra señora de Roven, cerca de Ambróise. Aun cuando no fuera popular el nombre de Ricardo, corazon de leon, madame Cotin y sir Walter Scot nos le han hecho precioso á la memoria, y de agradables recuerdos.

TEATRO DEL PRÍNCIPE. La *Redoma* sigue dando buenas entradas, y aun durará hasta el sábado, por lo menos. La primera pieza dramática que se

pondrá en escena, es la comedia en dos actos con el título de la *Huérfana muda*, traduccion de que tenemos buenas noticias. Tambien se ensayará á la mayor brevedad, el drama nuevo, orijinal histórico de *Bellido Dolfos*. Celebramos que el teatro se vaya enriqueciendo de dramas históricos, pues es uno de los medios mas poderosos y eficaces de desarrollar el gusto á la historia, y de generalizar sus lecciones de un modo útil, sensible y general á todas las clases.

TEATRO DEL LICEO. Se está ensayando diariamente el drama de la *Rosmunda*, pero no es lo mas probable que hasta el jueves 28 tengamos el gusto de verlo püesto en escena. Las decoraciones nuevas que se han pintado, la exactitud y esmero que segun tenemos entendido, se procurará en los trajes, y los asiduos esfuerzos del autor secundados favorablemente del celo de los actores, los señores socios del Liceo, nos hacen creer que se pondrá en escena como corresponde.

BENEFICIOS. Tenemos entendido que algunos de los actores y atrices del teatro del Príncipe, tienen escojidos dramas y piezas originales, para sus respectivos beneficios en la presente temporada cómica. El señor Luna, ha elegido el *don Alvaro de Luna*; el señor don Pedro Lopez, la comedia de *Aventuras de hora y media*; y las señoras Teresa Baus y señora Llorente, la primera el drama de *Garcilaso de la Vega*, y esta, la comedia de *Una vieja*. Todas son producciones orijinales de autores conocidos, y de todas tenemos buenas noticias.

LA AURORA. Sigue publicándose en Zaragoza bajo este epígrafe un periódico de literatura, escrito con amenidad y buen gusto, y que no carece de artículos interesantes é instructivos. Como órganos que son de nuestra literatura, y conductores de la civilizacion y cultura de nuestros pueblos, no podemos menos de encomiar la mision importante de todos estos periódicos, y escitar á sus redactores á que la discrecion y prudencia que ha presidido hasta ahora á su publicacion sea constante, y encaminada siempre á tan alto objeto.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA.